

LOZANO ÚRIZ, Pedro Luis, *Un matrimonio de artistas. Vida y obra de Pedro Lozano de Sotés y Francis Bartolozzi*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007, 530 pp. y unas 2.300 fotografías en color. Prólogo de María Concepción García Gainza. I.S.B.N.: 84-235-2908-8.

En 1986 el Ayuntamiento de Pamplona editaba en castellano y euskera un libro llamado *Pedro y Pitti*, firmado por su hijo Pedro, que suponía una primera aproximación a la trayectoria de este matrimonio de artistas. Tras aquel trabajo, y realizado ahora por el hijo del anterior autor, Pedro Luis Lozano Úriz, se publica con mayor extensión, profundidad y medios el libro que nos ocupa, fruto de su Tesis Doctoral defendida en la Universidad de Navarra en 2006.

El alcance de la saga familiar y sus implicaciones artísticas podemos ampliarlo si tenemos en cuenta que el padre de Francis (*Pitti*) fue Salvador Bartolozzi, el gran ilustrador *castizo* y *cosmopolita*, homenajeado recientemente en 2007 con una oportuna antológica en el Centro Conde Duque de Madrid, comisariada por su nieta María del Mar, Catedrática de Historia del Arte de la Universidad de Extremadura; y si añadimos a la nómina la relevante trayectoria en la pintura de vanguardia de Rafael (Lozano) Bartolozzi, continuador de la dinastía. Sirva el aparente rompecabezas para remarcar la importancia del contexto en este magnífico *Libro de Familia*, que supone una valiosa aportación al panorama artístico navarro y español.

No soy ajeno a este tipo de iniciativas (mi tesis se centró en la obra de mi abuelo), que sin duda ofrecen la ventaja de la proximidad y el acceso directo a las fuentes, aunque conllevan también un cierto compromiso. El autor ha sabido resolver la empresa con seriedad y solvencia, sin dejarse ganar por la subjetividad. La redacción del texto está muy cuidada y hace especialmente fluida y grata la lectura, sin dejar por ello de resultar precisa. En paralelo, el abundante acopio de notas al final de cada capítulo demuestra un amplio manejo de referencias, documentación y bibliografía. Un gran número de imágenes a color ilustra además sobradamente el apartado visual. Más de dos mil obras, todas reproducidas, configuran el completo catálogo, permitiendo apreciar la evolución de ambos artistas en los muy diferentes apartados en que ejercieron su actividad.

Esa diversidad de propuestas supone una de las notas más significativas de la pareja. Acometieron la pintura de caballete, carteles, grabados, dibujos, la ilustración

gráfica e infantil, la pintura mural, escenografías y figurines teatrales, e incluso se adentraron en la publicidad y el diseño de vidrieras y mobiliario. Un polifacético abanico de opciones desarrolladas de forma individual o en común.

Pedro (1907-1985) y Francis (1908-2004), pamplonés y madrileña, comenzaron su relación en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid y se casaron en 1933. Encontraron en el ámbito republicano de los años treinta un marco de libertad adecuado para ejercer una amplia labor plástica y teatral, participando en las Misiones Pedagógicas y el Altavoz del Frente, iniciativas con cierta carga ideológica. El desenlace de la guerra civil los llevó a asentarse en Pamplona y exigió una adecuación a las nuevas circunstancias sociopolíticas y culturales. Esta segunda y prolongada etapa, centrada ya en la capital navarra, resultará igualmente prolífica en lo artístico, complementada por las tareas docentes de Pedro en diversos institutos y los artículos en prensa de Francis.

La estructura del libro es sencilla pero coherente, por cuanto en sus tres grandes bloques (*Perfiles biográficos y personalidades estéticas, Estudio de la obra y Catálogo*) organiza el análisis previo por separado y después su labor en común. La cercanía del autor a los protagonistas y el conocimiento exhaustivo de su obra le permite abordar capítulos tan complejos y delicados como la delimitación de las tareas de cada uno cuando trabajan juntos, detectando incluso un buen número de atribuciones injustas en favor del marido, fruto en la etapa navarra de ciertas convenciones sociales.

Es en la pintura mural y el teatro donde se desarrolla sobre todo su labor en equipo. Desde 1940, y a lo largo de dos décadas, pintaron murales para casas particulares, restaurantes, guarderías, colegios, iglesias y dependencias oficiales. A pesar de ser obras de encargo, trabajaron con bastante libertad y brillaron por ejemplo en las temáticas infantiles, por su espontaneidad y colorido. La articulación de espacios y el dominio compositivo que requieren este tipo de obras fue también aplicado al mundo teatral, donde ambos artistas colaboraron asiduamente. Puntos clave fueron el apoyo inicial de Salvador Bartolozzi y la vinculación con las Misiones Pedagógicas y el Teatro Escuela de Arte. En su segunda etapa, aunque condicionados en principio por las limitaciones de la postguerra, consiguieron recuperar esta interesante faceta. Normalmente ambos participaban en el diseño previo, mientras en la ejecución Francis solía encargarse de los figurines y Pedro de los decorados. Las dimensiones y lo efímero de los soportes no han permitido en este caso que se conserven las piezas, pero sí hay de la mayoría de ellas testimonios gráficos que muestran su gran versatilidad.

Pedro Lozano de Sotés practicó preferentemente un costumbrismo de raíz rural, ligado a las tradiciones y el folclore navarros. Es un ámbito que conoce a la perfección y que recrea hasta el punto de que su pintura puede valorarse también como testimonio etnográfico. Admirador de Zuloaga, comparte con él su interés por un regionalismo basado en las fiestas y tradiciones, los tipos populares y el paisaje. Es un gran dibujante, como revelan los muchos bocetos y apuntes recogidos en el libro, de línea ágil y sombreado preciso, que adoptan una amplia gama cromática al pasar al lienzo.

Su faceta como cartelista modifica estas pautas para adecuarse al lenguaje más directo, plano y sintético que requiere el medio. Aplica entonces un colorido y un desenfado dinámico muy atractivos, que le llevarían a obtener en diversas ocasiones el concurso para las fiestas de San Fermín, y recrear otros muchos eventos festivos o religiosos.

Se interesó también por las posibilidades del Art Déco y la ilustración gráfica, no siendo ajeno a la estética de su suegro, con el que llegó a colaborar. En sus decoraciones para teatro se percibe a veces la influencia matizada de la pintura y el cine expresionistas. En realidad, la experiencia teatral marcó en gran medida su concepción estética, ya que muchas de sus obras, incluso las de caballete, tienen un evidente carácter escenográfico. La fusión de esas tendencias, la más tradicional y la más moderna, generó sin duda sus propuestas más logradas.

Francis, por su parte, tuvo una formación y una trayectoria más abierta, en gran medida por el perfil paterno y su educación en el Instituto-Escuela, dependiente de la Institución Libre de Enseñanza, marcado por la apertura ideológica a la modernidad. Su condición de mujer en un mundo mayoritariamente masculino aporta también un sesgo singular a su trayectoria, compartida con artistas como Remedios Varó y Delhi Tejero, condiscípulas y amigas.

Un reflejo temprano de su apuesta por la innovación se percibe ya en los cuadernos de apuntes de los años veinte, caracterizados por una fragmentación y un geometrismo en el sombreado y la articulación formal muy interesantes. Son bien distintos del realismo expresivo que emana de los dibujos a plumilla realizados durante la guerra civil, escenas poderosas con una gran carga dramática. Mención especial merece la serie de seis grabados *Pesadillas infantiles*, creada también en plena guerra. Desde que las conocí en 1987, recuperadas por Josefina Alix en el catálogo del Pabellón Español en la Exposición Internacional de 1937, siempre me han resultado fascinantes. Comparte estética con grabados similares de Ramón Puyol o Francisco Mateos, que caricaturizan personajes y tipos del momento; pero a diferencia de ellos, más directos y politizados, Francis refleja el horror de la guerra desde una vía indirecta, pero si cabe más eficaz, al mostrar su impacto sobre el mundo infantil. Sus protagonistas son niños desvalidos y aterrorizados, en una escala minúscula, ante tremendos monstruos contruidos con aliento surrealista y algún eco, supongo que involuntario, del Frantisek Kupka de *L'assiette au beurre*.

La relación con el mundo infantil es una constante en su trayectoria, y se plasmó en todo su universo plástico. Comenzó bajo la tutela paterna en la Editorial Calleja, aunque tomó pronto un rumbo propio. Publicó cuentos infantiles y obras de teatro, protagonizados por niños aventureros y héroes bienintencionados, como *Canito* o el *Capitán Trompeta*, anterior y posterior al franquismo. Al tiempo ilustró trabajos de otros escritores, en revistas como *Crónica* o *Gente menuda*, el suplemento infantil de *ABC*, con un estilo sintético y eficaz, y colaboró con editoriales escolares. En el diario *Arriba España* mantuvo hasta los años setenta la publicación de tiras cómicas, con historias sencillas que separaban texto e imagen y eran ricas en efectos expresivos. El color inunda sus trabajos a partir de los años sesenta con algunas

editoriales de ámbito nacional, pero a partir de la década siguiente esta actividad irá disminuyendo. En sus últimos años, fallecido ya su esposo, Francis despliega un mundo personal y onírico que expresa con un lenguaje plástico deliberadamente ingenuo, y que refleja bien su *Autorretrato* de 1990, que ha servido para presentar alguna de sus últimas muestras individuales y el propio libro.

En definitiva, estamos ante una publicación que recupera dos artistas fundamentales en el ámbito navarro pero que deben ser conocidos también en el nacional, y por cuyo riguroso estudio, ligado a la cuidada edición, no cabe sino felicitar a su autor.

Moisés BAZÁN DE HUERTA